
REFLEXION DE EUSKADI

José María BENEGAS

Desde mi experiencia, un buen libro es, por lo general, nuestro mejor aliado para traspasar las urgencias más inmediatas y reflexionar sosegadamente sobre vivencias, muchas de ellas personales, que forman parte inequívocamente del trayecto de una sociedad para ganar, día a día, espacios a la intolerancia y edificar un horizonte cargado de expectativas de paz y convivencia para todo un pueblo; en este caso, el pueblo vasco. Para todos aquellos que, con independencia de su origen y condición, viven y sienten a Euskadi.

Cuando me sumergía en la lectura del libro de Ramón Jáuregui (*El País que yo quiero; memoria y ambición de Euskadi*) no podía evitar sustraerme a la impresión de que quizá la carencia de memoria en torno a nuestro pasado más reciente, estaba hurtando a la sociedad vasca, y también a la española, la necesaria aproximación a uno de los procesos más fructíferos y apasionantes del cambio histórico operado en nues-

tro país a lo largo de las dos últimas décadas. Sin el conocimiento de las claves que nos han permitido salir de la espiral de violencia e incompreensión que era Euskadi a finales de los setenta, difícilmente podríamos llegar a entender un presente en el que la paz sigue siendo nuestra primera aspiración.

Aunque hay quien todavía intenta ignorarlo, el conocimiento histórico sigue cons-

*Gracias al coraje de
los demócratas, la convivencia
es hoy una realidad que se afirma
en el quehacer diario
de Euskadi.*

tituyéndose en uno de los elementos fundamentales para que los pueblos reflexionen con rigor sobre su experiencia y evalúen adecuadamente su propio presente. Por encima de todas las pasiones incontroladas que, todavía con demasiada frecuencia, atraviesan las relaciones políticas y sociales en Euskadi, la reconstrucción histórica de lo vivido durante los últimos veinte años nos ofrece la perspectiva más objetiva de cuánto terreno hemos ganado a la solución de nuestros problemas.

La convivencia es hoy una realidad que se afirma —pese a la locura con la que todavía actúan sus detractores— en el quehacer diario de Euskadi, y esta conquista tan sólo ha podido llevarse a cabo porque la razón y el coraje de los demócratas se han logrado imponer a los prejuicios y a la sinrazón de aquellos para los que la convivencia tan sólo es aceptable si se atiene a sus propias reglas; esto es, las de la imposición violenta de sus posiciones con independencia de las opiniones, expectativas e inquietudes de la mayoría.

Intento tan sólo afirmar que lo que hemos librado —y seguimos librando— en Euskadi es un combate entre la razón y el fanatismo. Los fanáticos —aquellos para quienes la razón democrática carece de significado— nos golpean, vencen a la razón, con cada uno de sus ataques; sin embargo, una mirada en perspectiva a los últimos veinte años, nos permite concluir que en Euskadi finalmente se ha impuesto en la mayoría de sus ciudadanos, frente a todas

las amenazas y temores, la «autonomía de la razón», entendida como ejercicio de libertad, y que es esta la condición que nos garantiza que el triunfo sobre el terrorismo es ya irreversible.

Desde esta convicción, el libro de Jáuregui constituye una excelente reconstrucción historiográfica de la evolución política y social de Euskadi; un testimonio personal, pero no por ello menos valioso, de un proceso político tan repleto de tensiones y traumas que hoy, a muchos de quienes participamos en él, nos resulta difícil de reconocer, porque sospecho que nuestra memoria es selectiva y tiende a arrinconar y tratar de olvidar aquellos momentos que nunca hubiéramos deseado vivir. Y sin embargo, tan sólo seremos capaces de disfrutar y vivir con plenitud el presente si alcanzamos a percibir cuanto nos separa de un pasado aún tan próximo en el tiempo.

Avanzando en este apunte de reflexión histórica desde la vivencia personal, el proceso de pacificación y normalización política de Euskadi aparece inevitablemente ligado, y no concibo que haya lectura rigurosa y honesta que trate de ignorarlo, al trayecto recorrido por los socialistas, a su toma de posiciones, durante el periodo que, aproximadamente, comprende desde el inicio de la década de los ochenta hasta nuestros días. La voluntad por incidir con decisión y desde la responsabilidad en la conformación del proceso político vasco, constituye un innegable valor socialista que, despreciando incluso cualquier coste político que esta actitud pudiera comportar, ha representado un poderoso factor de estabilidad en el seno de una sociedad que vivía instalada en la inquietud, inevitable producto de un clima caracterizado por la cotidiana exacerbación de las tensiones.

El recuerdo de los primeros años de la década aparece atravesado por el doloroso recuerdo del asesinato de Enrique Casas; un

episodio traumático en especial para todos los socialistas vascos y, permítaseme expresarlo, de una manera todavía más singular para aquellos quienes nos sentíamos sus amigos. Quizá con este asesinato, ETA empezó a dar muestras de que perdería su combate pues, atentando contra Enrique, atentaba contra toda una sociedad civil que, superando los recelos y prejuicios, aspiraba ya mayoritariamente a una convivencia pacífica y democrática, y a quien repugnó —como deben repugnar todos los crímenes— la brutalidad ejercida contra un hombre bueno que había vivido en un permanente compromiso con las libertades.

Algún tiempo después, en 1985, aparece lo que, a mi juicio, representa una fecha clave para comprender la viabilidad del proceso de normalización desarrollado posteriormente, con la subscripción del «Pacto de Legislatura» entre el Partido Socialista de Euskadi y el Partido Nacionalista Vasco. En una coyuntura política atravesada por la, ya de hecho, fractura del nacionalismo vasco, la estrategia socialista, antes que apuntarse a una fácil labor de oposición frontal al Ejecutivo autónomo, decidió optar por comprometerse responsablemente con la gobernabilidad de Euskadi, anteponiendo este objetivo a cualquier otro de naturaleza exclusivamente partidista.

Hoy, casi diez años más tarde, no es gratuito recordar este comportamiento de los socialistas, pues con demasiada frecuencia asistimos al espectáculo de algunos sectores políticos obcecados exclusivamente en satisfacer su objetivo de alcanzar a toda costa el poder, no deteniéndose a reflexionar sobre los riesgos que algunas actitudes frontales pueden comportar para la fortaleza de las instituciones democráticas.

¿Qué habría sucedido si el Partido Socialista hubiese optado en aquella ocasión por una línea de confrontación con el nacionalismo vasco?; ¿hasta qué punto la inestabili-

dad política que esta estrategia hubiese provocado, no habría producido retrocesos irreversibles en el proceso de afianzamiento de una convivencia pacífica de Euskadi?; ¿cuál sería hoy la realidad de una sociedad a la que sus responsables políticos habrían añadido polarización, antes que dotarla de la estabilidad y la confianza imprescindibles para salir adelante? En todas las respuestas, se coincidirá en valorar muy positivamente la aportación de los socialistas vascos a la superación de una difícil coyuntura política. Para quienes participamos en aquella decisión, nos queda la íntima satisfacción de haber estado a la altura de los acontecimientos y haber antepuesto Euskadi a cualquier otro interés, por legítimo que fuese.

Las elecciones autonómicas de 1986, dieron un triunfo histórico a los socialistas quienes nuevamente optamos por la responsabilidad, cediendo la jefatura del Gobierno vasco de coalición —que legítimamente nos hubiera correspondido al representar la primera mayoría electoral— al PNV, con el objetivo de garantizar la estabilidad política, condición imprescindible para avanzar hacia la generalización de la paz en Euskadi.

Tomando tan sólo como referencia los dos ejemplos citados (Pacto de Legislatura y Gobierno de coalición), es importante insistir en la reivindicación del comportamiento de responsabilidad que ha caracterizado el trayecto recorrido por los socialistas de Euskadi, y que ha resultado imprescindible para sacar a nuestro pueblo del atolladero en el que vivía

***Negando la participación
socialista en la construcción de
Euskadi, el nacionalismo
mutila su propia
experiencia.***

atrapado. Frente a la tentación —tan aparentemente neutral como hipócrita— de interpretar todo lo sucedido en términos globales (renunciando a singularizar y analizar el papel que a cada sector o fuerza política le correspondió), es preciso rebelarse, no por un afán de autocomplacencia sino por adentrarse con honestidad y rigor en las decisiones que nos permiten explicar la evolución del proceso político en Euskadi.

Renunciar a recoger adecuadamente la inequívoca aportación de los socialistas a este esfuerzo, sería llevar a cabo un ejercicio de sectarismo que, al fin y al cabo, presentaría una visión falseada de la propia historia del pueblo vasco.

Esta reflexión a la que me induce el libro de Jáuregui, viene al hilo de la tendencia a un sectarismo antisocialista que todavía observo —y en momentos electorales con especial crudeza— en los sectores nacionalistas de Euskadi.

Se trata, en definitiva, de negar cualquier protagonismo, cualquier valor a nuestra trayectoria, presentándonos como una suerte de invitados incómodos a los que es preciso prestar, en aras de las buenas costumbres, alguna atención pero a los que, en cuanto tratamos de hacer valer los derechos de igualdad que nos asisten, inmediatamente se nos dirigen duros reproches, recordándonos nuestra supuesta condición de pasajeros en tránsito.

De este modo, el nacionalismo insiste en su vieja pretensión de patrimonializar en

***Los resultados electorales
no deben empañar la voluntad de
reelaborar y relanzar
nuestro proyecto
en Euskadi.***

exclusiva la historia de todo un pueblo, dirigiéndose a los sentimientos para, maniqueamente, trazar una raya que distinguiría entre lo bueno (nosotros) y lo malo (ellos).

En este sentido, el nacionalismo debe entender que negando la participación decisiva de los socialistas en la construcción de la convivencia en Euskadi, está perpetrando una mutilación de su propia experiencia, pues una de las novedades políticas más relevantes de la última década es la cooperación entre dos proyectos políticos diferenciados que cimentaron su aproximación en torno a objetivos prioritarios y compartidos por la inmensa mayoría de los ciudadanos.

De otra parte, la participación socialista en la gobernabilidad de Euskadi ha contribuido valiosamente a la identificación de todos los ciudadanos que viven y trabajan en esta Comunidad en la acción política impulsada desde las instituciones del autogobierno, restando espacio, de este modo, a esa tendencia a la exclusión que forma parte casi inevitablemente de los proyectos nacionalistas.

Detenerse en recordar esta valiosa, y también laboriosa, experiencia de negociación y acuerdo, resulta especialmente adecuado desde la presente coyuntura política española, en la que se asiste a una ofensiva conservadora contra cualquier fórmula de colaboración entre fuerzas políticas distintas, intentando presentar a los ciudadanos una visión deformada del sentido del pacto en la actividad política. Esta actitud irresponsable de la derecha debe inducir a la preocupación, pues añade obstáculos en el lento pero sostenido proceso para la definitiva articulación de una cultura democrática en España, en la que se ha venido avanzando progresivamente desde la recuperación de las libertades.

Las evidencias electorales más próximas —escasamente satisfactorias para los socialistas en su última cita con las urnas— no deben en modo alguno ocultar el acierto de

una prolongada trayectoria cuyo principal destinatario ha sido el pueblo vasco, ni empañar la voluntad por trabajar intensamente en los próximos años para reelaborar y relanzar nuestro proyecto en Euskadi.

Sin embargo, la redefinición del proyecto socialista vasco no debe detenerse en sus propios límites sino que, a la vez, plantea un reto al propio nacionalismo democrático que tras la profundización de la experiencia del autogobierno y las transformaciones políticas y sociales de la última década, se encuentra en una encrucijada histórica en la que debe optar por mantenerse en una actitud defensiva de mera reivindicación o afrontar sus responsabilidades y comprometerse, sin ambigüedades, por la estabilidad de Euskadi.

Los más significados responsables políticos nacionalistas deben entender que tienen ante sí la oportunidad de llevar a cabo un esfuerzo de racionalización para desbordar los estrechos límites entre los que aún se mueven sus ofertas, renunciando a la sistemática manipulación de los sentimientos colectivos, y propiciando nuevas aperturas en su pensamiento para asegurar el progreso del pueblo que, al igual que las restantes opciones democráticas, representan. Y el progreso de un pueblo no se construye ni sobre el sistemático victimismo reivindicativo carente de toda justificación, ni sobre el recurso permanente a lanzar mensajes que arrojan incertidumbres en torno a su propio futuro.

No es esta una cuestión menor, y el nacionalismo vasco está obligado a abordar este reto que, a la vez, se implica en un debate más general con el conjunto de las fuerzas políticas en torno al Euskadi al que aspiramos para el fin del presente milenio.

Euskadi sigue precisando, hoy como ayer, un permanente ejercicio de racionalidad e inteligencia de sus dirigentes políticos para ser capaces de superar definitivamente el atolladero histórico en el que ha vivido nuestro pueblo, y que ya comenzamos a dejar atrás para siempre. La reconstrucción de las dos últimas décadas es fundamentalmente una apuesta por reivindicar para el futuro el comportamiento de una sociedad que ha expresado su firme voluntad por abrirse paso frente a todas las dificultades e incomprendiones. Si somos capaces de ser coherentes con nuestro pasado, estaremos en condiciones de ganar nuevamente un porvenir al que aspiran todos los hombres y mujeres de bien de Euskadi.

Me he permitido, a partir del excelente trabajo de Ramón Jáuregui, apuntar algunas reflexiones que, en lo fundamental, son coincidentes con las suyas, pues nos unen más de veinte años de trabajos y experiencias compartidas. Y quiero entender en las elogiosas palabras que dedica a mi persona una suerte de reivindicación del comportamiento de la mayoría de los socialistas, que hemos logrado atravesar, no sin temores e incertidumbres, pero con el coraje que proporciona saber que nos asiste la razón democrática, las difíciles circunstancias de la política en Euskadi.

En la reconstrucción de la historia más reciente de Euskadi, identifico lo que se ha constituido en la razón y la pasión que ha alimentado mi propia experiencia y que da sentido al trayecto recorrido por tantos socialistas: comprometernos con el tiempo que nos ha tocado vivir, no limitándonos a ser meros espectadores y trabajar intensamente por los valores en los que creemos. Razón y pasión para la paz y la libertad.